



# MATRIMONIO ESPIRITUAL

TEXTOS SELECCIONADOS DEL COMENTARIO  
AL CANTAR DE LOS CANTARES  
DE SAN BERNARDO ABAD

H. PEDRO PABLO SILVA OSB

*ABADÍA DE LA SANTÍSIMA TRINIDDA DE LAS CONDES,  
ENERO 2003*

## I. LA SOLEDAD DEL CORAZÓN EN EL DESPOSORIO

«¡Qué bellas son tus mejillas, parecidas a las de una tórtola!» (Cant 1, 9)

¿Por qué a las de una tórtola? La tórtola es una vecilla recatada que no convive con varios, sino que vive feliz sólo con su pareja. Y cuando la pierde, en adelante se queda solitaria. Por tanto, tú que escuchas esto, no oigas en vano lo que se escribió para ti y ahora se trata y expone para ti. Si te sientes movido por estos impulsos del Espíritu Santo y te apasiona convertir tu alma en esposa de Dios, esfuéstrate por embellecer las dos mejillas de tu intención. Imita a esta castísima ave, y quédate solo en tu soledad, como el Profeta, porque te has elevado sobre ti mismo. En efecto, desposarte con el Señor de los ángeles es superior a ti mismo. ¿O no está por encima de ti estar unido al Señor y ser un espíritu con él? Siéntate, pues, solitario como la tórtola. Que nada te turbe entre la muchedumbre de los demás; olvida, incluso, tu pueblo y la casa paterna; y el rey se prenda de tu belleza.

¡Oh alma santa!, permanece solitaria y resérvate exclusivamente para el Señor, a quien has elegido para ti entre todos. Huye de las gentes, huye hasta de tus familiares; aléjate de los amigos e íntimos, hasta del que te sirve. ¿No sabes que tienes un esposo muy pudoroso, que de ninguna manera te regalaría con su presencia delante de otros? Aléjate, pues, pero con el corazón, no corporalmente; con tu intención, con tu devoción, con tu espíritu. El Santo Ungido del Señor, tu aliento, busca la soledad de tu espíritu, no la del cuerpo; aunque a ratos no está mal que te separes también corporalmente, cuando puedas hacerlo con discreción, en especial durante la oración.

El Señor te ha mandado cómo debes cumplirlo: *Tú cuando quieras rezar, métete en tu cuarto, echa llave y ora*. Él cumplió lo que dijo: pasaba las noches orando a solas. No sólo se escondía de las turbas, tampoco admitía consigo a ninguno de sus discípulos ni familiares. Al final cuando se le venía encima la muerte, llevó consigo a sus tres más íntimos. Pero se arrancó de ellos, porque deseaba orar. Haz tú lo mismo cuando quieras orar.

Por lo demás, sólo te exige la soledad del corazón y del espíritu. Estarás solo si no piensas en torpezas, si no te afecta lo presente, si desprecias lo que angustia a muchos, si te aburre lo que todos desean, si evitas toda discusión, si no te impresionan las desgracias, si no recuerdas las injurias. De lo contrario, no te encontrarás solo ni en la soledad más absoluta. ¿Ves cómo puedes vivir solo rodeado de muchos y entre muchos solo? Puedes estar solo por frecuente que sea tu trato con los hombres. Líbrate únicamente de ocuparte en vidas ajenas como juez temerario, o como espía curioso. Aunque sorprendas a alguien en la mayor atrocidad, no juzgues a tu prójimo, más bien excúsalo. Si no puedes excusar su acción, excusa su intención; piensa que ha sido por ignorancia, por sorpresa o debilidad. Cuando la certeza haga imposible toda excusa, amonéstate a ti mismo y haz esta reflexión: «Ha sido una tentación muy fuerte. ¿Qué habría hecho yo, si hubiese sido tan violenta conmigo?».

Pero os recuerdo que hablo con la esposa y no estoy instruyendo al amigo del esposo, que tiene sobre sí otras razones para evitar el pecado, para explorar si ha pecado y para enmendarse del pecado. La esposa, no; está libre de esos menesteres, vive sola para sí y para aquel que a quien ama, su Esposo y Señor, que es bendito por siempre. Amén (Sermón 40, 4-5).

## II. EL BESO, SEÑAL DEL AMOR ENTRE LA ESPOSA Y EL ESPOSO

«*Que me bese con los besos de su boca*» (Cant 1,1).

¿Quién lo dice? La esposa. ¿Y quién es la esposa? El alma sedienta de Dios. Pero voy a enumerar diversas afecciones, para distinguir mejor las que propiamente corresponde a la esposa.

Un siervo teme el semblante de su señor; un mercenario espera la paga de su amo; un discípulo escucha a su maestro; un hijo honra a su padre; pero el que pide un beso es porque ama. Esta afección del amor es superior a todos los bienes de la naturaleza, especialmente si retorna a su principio: Dios. No encontramos palabras tan dulces para expresar la ternura mutua del afecto entre el Verbo y el alma, como estas dos: esposo y esposa. Porque lo poseen todo en común: no tienen nada propia ni exclusivo. Ambos gozan de una misma hacienda, de una misma mesa, de un mismo hogar, de un mismo lecho y hasta de un mismo cuerpo. Por eso abandona el esposo padre y madre, se junta a su mujer y se hacen una sola carne. A la esposa se le pide que olvide su pueblo y la casa paterna, para que el esposo se apasione por su hermosura. Si amar es la propiedad característica y primordial de los esposos, no sin razón se le puede llamar esposa al alma que ama.

Y ama quien pide un beso. No pide libertad, ni recompensa, ni herencia, ni doctrina, sino un beso; lo mismo que una esposa castísima que exhala amor y es del todo incapaz de disimular el fuego que la consume. No recurre como otros al fingimiento de las caricias, para pedir al más excelso lo más sublime. No pretende ganarlo con rodeos para conseguir lo que desea. Sin preámbulo alguno, sin buscar su benevolencia, sino porque estalla su corazón, dice abiertamente y sin rubor alguno: *Que me bese con los besos de su boca*.

¿No te parece que equivale a decir: *¿No te tengo a ti en el cielo? Y contigo ¿Qué me importa la tierra?*

En realidad ama desinteresadamente, porque pretende tan sólo al que ama y nada más que a él. Ama con rectitud, sin concupiscencia carnal, y en la pureza de espíritu. Ama con ardor, tan embriagada por su propio amor que ni piensa en su majestad. Porque *¿a quién se lo pide? Al que mira la tierra y ella tiembla*. ¡Y le pide un beso? ¿Pero no estará embriagada? Sí, y por completo. No sería extraño que cuando se lanzó a pedirlo saliera de la bodega? ¿No se gloriará más tarde de haber sido introducida allí? También David decía refiriéndose a otros: *Se embriagan con lo sabroso de tu casa, les das a beber del torrente de tus delicias*. ¡Qué grande es la violencia del amor! ¡Qué confianza infunde el espíritu de libertad! El amor perfecto echa el temor; ¿hay algo más evidente? (Sermón 7, 1-3).

### III. EL ARDOR DEL AMOR PIDE EL BESO

«No descansaré hasta que me bese con los besos de su boca» (Cant 1, 1).

Sí le agradezco el beso de los pies, le agradezco el beso de las manos, pero si me aprecia *que me bese con los besos de su boca*. No soy una ingrata, le amo. Reconozco que he recibido más de lo que merezco, pero no se han colmado mis anhelos. Me mueve mucho más el deseo que la razón. Por favor, no me acuséis de presunción: es que me arrastra el afecto. Claro que me recrimina el recato, pero me supera el amor. No ignoro que *la gloria del rey ama el juicio*. Mas este amor tan apasionado no se atiene a razones, ni lo equilibra la sensatez, ni lo frena el pudor, ni se somete a la razón. Y pido, y suplico, e imploro: *Que me bese con los besos de su boca*.

Os aseguro que gracias a él hace muchos años me esfuerzo por vivir en castidad, me postro con frecuencia para orar, me mantengo alerta contra las tentaciones, huye de mí el sueño por la amargura de mi alma. En lo posible, me parece que no creo conflictos y convivo con mis hermanos. Me someto a la autoridad de mis superiores, salgo y regreso a casa según me lo ordenan. No codicio lo ajeno; al contrario, entrego mis cosas y me doy a mí misma; como mi pan con el sudor de mi frente. Pero todo ello se reduce a mera disciplina, sin dulzura alguna. ¿No soy, como dice el Profeta, *esa novilla domesticada de Efraín que trilla con gusto?* Y por añadidura el Evangelio llama pobre criado al que ha hecho lo que tenía que hacer. Yo creo que cumplo con todo lo mandado. Pero mi alma se siente en todo eso como tierra reseca. Por eso, para que le agraden mis sacrificios, *que me bese con los besos de su boca*.

Tengo muy presente que muchos de vosotros en vuestros desahogos privados soléis quejaros de esta abatimiento y aridez del alma, de ese embotamiento impertinente del espíritu, que os impide adentraros en la oculta sublimidad de Dios y experimentáis muy poco o nada de las dulzuras del corazón. ¿No será que suspiráis por el beso?

Suspiran ciertamente y anhelan el espíritu de sabiduría y entendimiento; entendimiento para comprender y sabiduría para saborear lo que captaron con la inteligencia. Yo creo que el santo Profeta oraba con este mismo afecto, cuando decía: *Me saciaré como de enjundia y de manteca, y mis labios te alabarán jubilosos*. Pedía claramente el beso, ese beso a cuyo contacto sus labios quedaban impregnados de la fecundidad de la gracia espiritual y experimenta lo que expresa en otro lugar: *Llénese mi boca de tu alabanza para cantar todo el día tu gloria y tu grandeza*. (Sermón 9, 2-3).

IV. EL AMOR PREVENIENTE DEL ESPOSO QUE HIERE  
A LA ESPOSA EXTASIADA POR EL BESO

*¡Qué hermosa eres amada mía, que hermosa eres; tienes ojos de paloma!  
¡Qué hermoso eres amado mío, que hermoso eres!* (Cant 1, 14).

Así pues, cuando el Verbo le dice al alma: *Eres hermosa*, y la llama «amada», le infunde la gracia del amor y siente que es amada. Y cuando ella llama al Verbo «amado» y proclama que es «hermoso», le declara sin fingimiento ni engaño que lo ama y se siente amada, admirando tanta condescendencia y extasiada por esa gracia. La hermosura del esposo no es sino su amor, tanto más cuanto que es anterior a todo. Por eso exclama con toda la fuerza de sus entrañas y con la voz más penetrante de sus afectos que está dispuesta a amarlo, por que lo siente más como amante que como amado. Así pues, las palabras del Verbo son infusión de una gracia y la respuesta del alma es admiración con acción de gracias. Ama más cuanto más vencida se siente por el amor; se admira más cuanto más se ha anticipado ese amor. Por eso no se contenta con llamarlo una sola vez «hermoso»; necesita añadir que es «bello», manifestando así que su belleza es extraordinaria.

También expresa que su belleza es digna de toda admiración en las dos naturalezas de Cristo: en una por su amor y en la otra por sola gracia. ¡Qué hermoso eres para tus ángeles, Señor Jesús, en tu condición divina, desde el día de tu nacimiento, entre esplendores Sagrados antes de la aurora, reflejo de la gloria del Padre e impronta de su ser, espejo sin mancha de la majestad de Dios! ¡Qué hermoso eres, Señor mío, para mí en esta situación nueva de tu belleza! Desde que te rebajaste, despojándote de la irradiación natural de tu luz inagotable, resplandeció más tu bondad, brilló más tu amor, refulgió más intensa la gracia. ¡Con qué claridad avanza la constelación de Jacob, que bella es esa flor que brota del tocón de Jesé, qué luz tan agradable nos ha visitado en las tinieblas, nacida de lo alto! ¡Qué espectáculo tan sorprendente es tu concepción del Espíritu aun para los poderes celestiales, tu nacimiento de una Virgen, la inocencia de tu vida, la profundidad de tu doctrina, la gloria de tus milagros, la revelación de tus misterios! ¡Cómo emerges rutilante del corazón de la tierra después del ocaso, Sol de justicia! ¡Qué hermoso eres, Rey de la gloria, cuando te retiras a los más sublimes cielos vestido de gala! ¿Cómo no han de exclamar mis huesos: Señor, quién como tú?

Esto y otras cosas más descubría la esposa en el amado cuando decía: *¡Qué hermoso eres, amado mío, qué hermoso eres!* (Sermón 45, 8-10).

V. EL ESPOSO ARREBATA A SU AMADA  
ABRAZÁNDOLA EN EL SUEÑO DEL ÉXTASIS

«*Hijas de Jerusalén, por los siervos y gacelas de los campos, os conjuro que no vayáis a molestar, que no despertéis a la amada hasta que ella quiera*» (Cant 2,7).

Empero hay alguno entre vosotros que ha merecido deleitarse con la satisfacción dichosa de este don, gracias al cual ha experimentado en sí mismo tan dulce misterio, a no ser que neguemos todo crédito a este pasaje de la Escritura que tenemos entre manos. Aquí se presenta claramente el Esposo celestial ardientemente celoso por la quietud de esta amada suya, atento a mantenerla dormida entre sus propios brazos, sin que se le inquiete su dulcísimo sueño, molestia o sobresalto alguno. No cabe en mí más alegría al ver que su Majestad se digna descender a nuestra debilidad, hasta unirse con ella tan dulce y familiarmente; al ver que su soberana Divinidad inicia esas bodas con el alma desterrada y no rehúsa mostrarle el afecto de un esposo poseído por un amor ardentísimo. No dudo que en el cielo se realiza así exactamente, como lo leo en la tierra. El alma vivirá en toda su realidad lo que se describe en este pasaje. Pero sus palabras serán absolutamente incapaces de expresar ni lo que percibirá entonces, ni siquiera cuanto ahora experimenta. ¿Cómo concebir todo lo que allí recibirá, si aquí se le concede ya tanta familiaridad, que se siente abrazada por los brazos de Dios, que descansa en el seno de Dios, que la protege el desvelo y la vigilancia de Dios, para que nadie perturbe su sueño antes de que se despierte?

Bien, veamos ya cuál es ese sueño que el esposo desea para su favorita, el que no tolera que nadie la despierte sino su capricho... Este sueño de la esposa no es el corporal, ese apacible sopor transitorio de la carne o ese otro terrible que arranca la vida en su raíz; ni mucho menos ese que adormece en el pecado y acarrea la muerte irreversible. Al contrario, es un adormecimiento vivificador y vigilante que ilumina los sentidos interiores y, preservando de la muerte, infunde una vida sempiterna. Es en realidad una dormición que no adormece los sentidos, porque los arrebatara violentamente. Es también una muerte, sin duda, aquella de que habla el Apóstol exhortando a los que aun vivían en la carne: *Habéis murto y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*. Por ello no será ningún absurdo si llamo yo muerte al éxtasis de la esposa, que tampoco es vida, sino que salva la vida de la trampa y así puede exclamar: *como un pájaro hemos salvado la vida de la trampa del cazador...* ¡Ojalá cayese en esa muerte con frecuencia, para escaparme de los lazos de la muerte y no sentir los halagos de la vida lujuriosa, ni las ansias de la avaricia, ni la pasión de la ira y de la impaciencia, ni la angustia de las inquietudes, ni el sobresalto de los negocios! Muera mi alma con la muerte de los justos y no le envolverá la injusticia, ni la deleitará iniquidad alguna. Dichosa esa muerte que no arrebatara la vida, sino que la transporta a otra mejor; maravillosa muerte, la que no derrumba el cuerpo y eleva el alma. ... Dichoso el que puede decir: *Me alejé huyendo y permanecí en la soledad*. No contento con salir de sí mismo, huye muy lejos para poder descansar. Saltaste por encima de los deleites carnales, para no obedecer más a sus concupiscencias, ni dejarte dominar por sus hechizos. Saliste, te separaste, pero aun no te has alejado, si es que no has podido elevarte con la pureza de tu espíritu sobre la fantasía de las imágenes materiales que irrumpen por doquier. No te las prometas muy felices con tu paz. Te equivocas si piensas encontrar junto a ti mismo el lugar del descanso, el retiro de la soledad, la paz apacible, la mansión de la paz. Pero preséntate a quien haya llegado allá, y sin vacilar reconoceré su total descanso. Ese podrá decir: *Alma mía, recobra tu calma, que el Señor fue bueno contigo*. Este es el lugar donde reina la soledad, ésta la mansión inundada de luz, como dice el Profeta. Es una tienda que dará su sombra contra el calor del día, seguridad y refugio en la tormenta y en la lluvia. De ella dice el santo David: *El me protegerá en su tienda*

*el día del peligro; me esconderá en lo oculto de su morada.* Recuerda que a esta soledad se ha retirado la esposa, y en ella se durmió plácidamente entre la frondosidad del lugar y los abrazos del esposo, es decir, se quedó arrobada en su espíritu.

## VI. LA FAMILIARIDAD DEL AMOR EN EL DESPOSORIO

«*Mi amado es para mí, y yo para él*» (Cant 2, 16).

¡Qué familiaridad nace de esta inhabitación entre el Verbo y el alma, cuánta confianza surge de esta intimidad! En mi opinión, esa alma se atreve a decir: *Mi amado para mí*, porque experimenta su amor, la intensidad de su amor, y no duda que es amada con esa vehemencia. Y por su tensión y afán, por ese amor, diligencia e interés con que sin cesar vela arduamente para tratar de complacer a Dios, descubre con claridad que todo esto procede de él, acordándose de su promesa: *La medida que uséis la usarán con vosotros*. La esposa en su sensatez y con suma prudencia reconoce la gracia recibida, consciente de que su amado se la ha concedido previamente. Por eso lo confiesa diciendo: *Mi amado para mí y yo para mi amado*.

Por esta actuación propia de Dios colige con certeza que es amada y ama. Y así es: el amor de Dios engendra amor en el alma, y la fuerza de su anticipación estimula su alma, y la torna solícita con su solicitud. No sé por qué afinidad natural, cuando el alma pueda al fin contemplar la gloria de Dios cara a cara, necesitará al punto conformarse con él y transformarse en su misma imagen. Porque como tú te presentes a Dios, así Dios se te dejará ver por ti: con el santo se mostrará santo, e inocente con el inocente. ¿Y por qué no seguir: amoroso con el que le ama, disponible con el desocupado, atento con el diligente, solícito con el atento?

También dice: *Yo amo a los que me aman, y los que madrugan por mí me encuentran*. Ya ves que no sólo te asegura que te ama, si tú le amas; si te muestras solícito para con él, también se ocupará de ti. ¿Velas tú? También él vela. Levántate y grita de noche al relevo de tu guardia, mantén desvelados tus ojos; lo encontrarás, no te adelantarás a él. Sería una necedad atribuirte algo o algo más de lo debido a ti mismo: él te ama más y antes que tú. Si esto lo sabe el alma, y precisamente porque lo sabe, no te extrañarás de que se gloríe, porque su majestad vela por ella con toda su dedicación, despreocupándose de todo lo demás.

El sermón está ya a su remate; pero sólo quiero decir a los espirituales que conviven con nosotros algo maravilloso pero verdadero: el alma que ve a Dios, lo contempla como si a ella sola la viese Dios. Por eso dice con toda confianza que Dios es todo para ella y ella toda para Dios, sin ver ninguna otra realidad entre ella y Dios. ¡Qué bueno eres, Señor, con el alma que te busca! Sales a su encuentro, la abrazas, te ofreces como esposo, tú que eres el Señor, es más, Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén (Sermón 69, 7-8).

## VII. EL AMOR SE BASTA A SI MISMO EN EL MATRIMONIO ESPIRITUAL

En la medida que nos permite el horario regular que hemos dedicado a estos sermones, se han consumido estos tres días en demostrar la afinidad entre el alma y el Verbo ¿De qué ha servido todo este trabajo? Hemos demostrado que toda alma, aunque esté cargada de pecados, presa en las redes de los vicios, acechada por la seducción, cautiva en el exilio, encarcelada en el cuerpo, pegada al fango, hundida en el barro, retenida en los miembros, atada en las preocupaciones, dispersa por el trabajo, oprimida por los miedos, afligida por el dolor, errante tras el error, inquieta por la angustia, desazonada por las sospechas y extranjera en tierra hostil; y como dice el Profeta, contaminada por los muertos (Bar 3, 11), evaluada entre los que yacen en el infierno; esa alma, repito, puede volverse sobre sí misma, a pesar de hallarse tan condenada y desesperada, y no sólo se aliviará con la esperanza del perdón y de la misericordia, sino que también podrá aspirar tranquila a las bodas del Verbo.

No temerá iniciar una alianza de comunión con Dios, no sentirá pudor alguno para llevar el yugo del amor a una con el Rey de los ángeles. ¿A qué no podrá aspirar con seguridad ante él si se contempla embellecida con su imagen y luminosa por su semejanza? ¿Por qué puede temer a la majestad, si su origen le infunde confianza? Lo único que debe hacer es procurar conservar la nobleza de su condición con la honestidad de vida. Es más esfuércese por embellecer y herosear con el digno adorno de sus costumbres y afectos la gloria celestial impresa en ella por sus orígenes...

El regreso del alma es su conversión al Verbo, para ser reformada por él y conformada a él. ¿Cómo? En el amor. Escuchadlo: *Procurad pareceros a Dios como hijos queridísimos y vivir en mutuo amor, igual que os amó Cristo.*

Esta conformación desposa al alma con el Verbo, pues ya que es semejante a él por naturaleza procura ser semejante a él por el amor, amando como es amada. Y si ama perfectamente, se desposa. ¿Hay algo más gratificante que esta conformación? ¿Hay algo más deseable que el amor? Gracias a él, oh alma, prescindes del magisterio humano y te acercas al Verbo tú misma con toda confianza; te adhieres con insistencia al Verbo; preguntas y consultas familiarmente al Verbo sobre cualquier cosa; y cuanto más se despierta tu inteligencia más audaces son tus deseos. En realidad, éste es el contrato nupcial santo y espiritual.

He hablado de contrato, pero resulta impropio: se trata de un abrazo. Un abrazo estricto, porque el hecho de querer y no querer al unísono hace de los dos un mismo espíritu. Y no es de temer que por la disparidad de las personas flaquee en algo la armonía de las voluntades, porque el amor ignora la reverencia. La palabra amor procede de amar, no de honrar. Honrará el que siente horror, estupefacción, miedo y admiración; pero todo esto está de más en el amante. El amor se basta a sí mismo; cuando llega el amor transforma y cautiva todos los demás afectos. Por tanto la que ama, ama y no sabe otra cosa. Y él merece el honor. El estupor y la admiración, pero desea más que lo amen. Son esposo y esposa. ¿Qué otra relación o unión puedes buscar entre los esposos que no sea el mutuo amor?

Este nexo trasciende lo que la naturaleza enlazó más estrechamente, cual es el vínculo entre padres e hijos. Por eso, dice, *dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer.* Ya ves que este afecto entre los esposos no sólo es superior a todos los demás, sino más fuerte que él mismo.



Ten en cuenta además que este esposo no es sólo un amante, es el amor... *A Dios el honor y la gloria;* pero Dios no aceptará ninguno de los dos si no los endulza con la miel del amor. Este se basta a sí mismo, agrada por sí mismo y por su causa. El es su propio mérito y su premio.

El amor excluye todo otro motivo y otro fruto que no sea él mismo. Su fruto es su experiencia. Amo por que amo; amo para amar. Gran cosa es el amor, con tal de que vuelva a su origen y retorne a su principio, si se vacía en su fuente y en ella recupera siempre su copioso caudal. El amor es el único entre todas las tendencias, sentidos y afectos del alma, con el cual puede responder la criatura a su Autor, no con plena igualdad, pero sí de una manera muy semejante... Pues cuando Dios ama, no desea otra cosa sino que le amemos; porque no ama para otra cosa sino para ser amado, sabiendo que basta el amor para que sean felices los que se aman.

Gran cosa es el amor; pero tiene sus grados. El de la esposa está en la cumbre... El amor puro no es mercenario. El amor no recibe su fuerza de la esperanza, pero tampoco se resiente por la desconfianza. Este es el amor de la esposa, porque es esposa, cualquiera que sea. El patrimonio de la esposa y la esperanza forman un único amor. La esposa desborda de él y con eso está satisfecho el esposo. Ni éste busca otra cosa ni ella posee otra cosa. Es propio de los esposos y no lo iguala ningún otro.

...El amor del esposo sólo busca la correspondencia y la fidelidad del amor. Devuélvale, por tanto, la amada amor por amor... Con toda razón renuncia a los demás afectos y se entrega exclusivamente al amor total, pues debe responder al amor devolviéndole amor. Pues aunque se vuelque totalmente en el amor, ¿podrá compararse con el manantial perenne del otro? No fluyen con la misma abundancia el amante y el Amor, el alma y el Verbo, la esposa y el Esposo, el Creador y la criatura, el sediento como la fuente. ¿Entonces qué? ¿Se resentirá por ello y se anulará totalmente el deseo de la futura esposa, el anhelo de la que suspira, el ardor del amante, la confianza anticipada, porque no puede correr al paso del gigante, competir en dulzura con la miel, en suavidad con el cordero, en blancura con el lirio, en claridad con el sol, en amor con el amor? No. Pero aunque la criatura ama menos porque es menor, sin embargo, sí ama totalmente con todo su amor; nada falta cuando se entrega todo. Por eso, como he dicho, amar así es desposarse; porque no puede amar de esa forma y ser poco amada, ya que en el consenso entre dos se apoya la fe conyugal íntegra y perfecta.

No creo que nadie dude que el alma es amada antes y más por el Verbo. Sí, siempre se le adelanta el amor y la vence. ¡Feliz quien mereció ser sorprendida con la bendición de tal dulzura! ¡Dichoso aquel a quien se le concede experimentar el encanto de tal abrazo! No es otra cosa que el amor santo y casto, el amor suave y dulce, el amor tanto más claro cuanto más sereno, el amor mutuo, íntimo y fuerte que une a dos no en una carne sino en un espíritu, que hace de dos uno, como dice San Pablo: *El que se une a Dios es un espíritu con él* (Sermón 85,).

## VIII. EL MATRIMONIO, LA CONCEPCIÓN Y LA TRANSFORMACIÓN DE LA ESPOSA EN EL VERBO

*«En mi lecho busqué al amor de mi alma»*

Una vez aquí el alma ya se atreve a pensar en las bodas. ¿Por qué no puede hacerlo, si se ve más semejante, y por lo mismo más núbil? Ya no le asusta su excelsitud, porque la une su semejanza, la concilia el amor y la desposa su profesión. Esta es la fórmula de profesión: *Lo juro y lo cumpliré, guardaré tus justos mandamientos*. Después de haberla cumplido decían los Apóstoles: *Mira que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido*. Es algo semejante a lo que se expresa en el matrimonio carnal que significó las nupcias espirituales entre Cristo y la Iglesia: *Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos un solo ser*. El Profeta menciona la glorificación de la desposada: *Para mí lo bueno es estar junto a Dios, hacer del Señor mi refugio* (Salmo 72, 28).

Por tanto, considera esposa desposada con el Verbo al alma que dejándolo todo se adhiere con todos sus deseos al Verbo, vive para el Verbo, se deja regir por el Verbo, concibe del Verbo lo que da a luz para el Verbo y puede exclamar: *Para mí la vida es Cristo y la muerte una ganancia*. Su marido se fía de ella sabiendo que es fiel, que todo lo desprecia por él, que cualquier cosa la tiene por pérdida para ganárselo a él.

**U.I.O.G.D.**